

Gilles Lipovetsky



De la ligereza



ANAGRAMA
Colección Argumentos

Título de la edición original:
De la légèreté
© Éditions Grasset & Fasquelle
París, 2015

Obra publicada bajo la dirección de Alexandra Laignel-Lavastine

Ilustración: © Carmen Cáceres

Primera edición: octubre 2016

© La presente edición ha sido realizada por convenio entre Editorial Anagrama S.A. con Grupo Penta Distribuidores S.A.S. Calle 66 Bis No. 68 B 65, Bogotá.

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2016
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-958-8699-87-5

Impreso en Colombia / Printed in Colombia
Impreso por Panamericana Formas e Impresos S.A.
Calle 65 No. 95 - 28
Bogotá, Colombia

INTRODUCCIÓN

Jamás habíamos vivido en un mundo material tan ligero, fluido y móvil. Nunca había creado la ligereza tantas expectativas, deseos y obsesiones. Nunca había hecho comprar y vender tanto. Nunca había sonado tan justo en nuestros oídos aquello que dijo Nietzsche: «Lo bueno es ligero, todo lo divino camina con pies delicados.»¹

Lo ligero nutre cada vez más nuestro mundo material y cultural, ha invadido nuestras prácticas cotidianas y remodelado nuestro imaginario. Si antes era admirado únicamente en el dominio del arte, hoy es un valor, un ideal, un imperativo en múltiples esferas: objetos, cuerpo, deporte, alimentación, arquitectura, diseño. En el corazón de la era hipermoderna se afirma por doquier el culto polimorfo de la ligereza. Su campo estaba limitado y era periférico: hoy ya no se ven sus límites, hasta tal punto se ha introducido en todos los aspectos de nuestra vida social e individual, en las «cosas», en la existencia, en los sueños, en los cuerpos.

Durante mucho tiempo se ha dado prioridad en el dominio tecnoeconómico a los equipos pesados. Hoy se da a lo ultralige-

1. Friedrich Nietzsche, *Le cas Wagner*, Jean-Jacques Pauvert, París, p. 40. [Versión española: *El caso Wagner*, ALEA, Revista de Filosofía, n.º 2, Universidad de Barcelona, 2000, trad. de Sascha Pablo Koch, p. 14.]

ro, a la miniaturización, a la desmaterialización. Lo pesado evocaba lo respetable, lo serio, la riqueza; lo ligero, la baratija, la falta de valor. Ese universo ya no es el nuestro. Actualmente vivimos una enorme revolución del mundo material en la que las técnicas y los mercados reflejan mucho más las lógicas de lo ligero que las de lo pesado. Y esta dinámica va acompañada de una revolución simbólica en la que lo ligero, subestimado y menospreciado durante mucho tiempo, se carga de valor positivo. La ligereza ya no se asocia con el vicio, sino con la movilidad, con lo virtual, con el respeto por el entorno. Vivimos en la época del desquite de lo ligero, un ligero admirado, deseado, conquistador de sueños, portador de grandísimas promesas pero también de terribles amenazas.

LA LIGEREZA COMO MUNDO Y COMO CULTURA

La ligereza no se limita ya a ser una dulce divagación poética. Describe nuestra cotidianidad tecnológica, un universo transistorizado y nómada. *Small is better*: nuestro cosmos técnico se miniaturiza de manera incontenible, se aligera, se desmaterializa. Escuchamos toda la música del mundo en aparatos ligeros como el aire. Vemos películas en tabletas táctiles que caben en el bolsillo. Microelectrónica, microrrobótica, microcirugía, nanotecnología..., lo infinitamente pequeño se impone como nueva frontera de la innovación y el progreso. La ligereza ya no se ve tanto en el estilo como en los nuevos materiales, en las redes sociales, en la miniaturización llevada al extremo. Hemos pasado de la ligereza imaginaria a la ligereza-mundo.

La miniaturización y la conquista de lo minúsculo se hallan embarcadas en una carrera hiperbólica. Nuestra época es testigo de la aparición de la «ingeniería liliputiense» que manipula átomos a voluntad, transforma las propiedades de la materia, crea materiales nuevos, manipula los genes, fusiona materia viva y

materia inerte a escala nanométrica. La revolución de la ligereza no pertenece al imaginario ficticio: al invertir en la esfera submicroscópica, inventa un mundo que afecta a todos los sectores de la vida. Comienza una nueva era de la ligereza que coincide con un momento de tecnología avanzada.

Al mismo tiempo, y a fin de responder a los desafíos del agotamiento de los recursos fósiles, de la magnitud de la huella de carbono del calentamiento global, se impone la necesidad de un cambio energético, de una nueva revolución industrial que no se base ya en el petróleo ni en la energía nuclear, sino en energías renovables. Energía eólica, solar, geotérmica, marina: somos testigos de la aparición de energías blandas y del inicio de una «economía ligera» que, por emplear menos materias primas y por no basarse ya en la explotación intensiva de los recursos naturales, reduce su impacto en el entorno. Podría calificarse de «hercúleo» el trabajo que representa la transición energética. No por ello es menos necesario para preservar el futuro de las generaciones venideras y construir una civilización de lo ligero-duradero.

El objetivo de la ligereza se expresa en los dominios más diversos: moda, diseño, decoración, arquitectura. Además, la relación con el cuerpo ve cómo se desatan las pasiones por lo aéreo y por la «línea». Los parapentes y las alas delta planean en el aire; los cuerpos tenues que se entregan a los deportes de deslizamiento patinan sobre las olas, las pistas de nieve y el asfalto. ¿Y quién no sueña en nuestros días con tener un cuerpo que se conserve siempre joven y esbelto? Los libros de dietas y regímenes proliferan, los productos light se encuentran en las estanterías y expositores de todos los supermercados, la liposucción se convierte en práctica de masas, los salones de fitness se multiplican, las top-models promueven el look «anorético», imágenes de cuerpos lisos y longilíneos invaden revistas y pantallas. En esta cultura que se ha vuelto lipófoba, «no hay nada como la delgadez», afirma Kate Moss, icono de la moda.

El orden de lo ligero no se reduce ya a una actitud individual ante la vida o ante los demás. Se impone ahora como modo de funcionamiento económico y cultural global. Con el capitalismo de hiperconsumo, tramos enteros de la vida económica quedan reestructurados por la lógica frívola del cambio continuo, la inconstancia y la seducción. Un funcionamiento análogo al sistema de la moda organiza el capitalismo hipermoderno en cuanto capitalismo de seducción. Chucherías, publicidad desenfadada, teleconcursos, videojuegos, música ligera, espectáculos y entretenimientos incesantes. La oposición entre lo económico y lo frívolo se ha vuelto borrosa, pues nuestro principio de realidad se ha fundido en el presente con el principio de ligereza. Universo de la necesidad y universo fútil se entremezclan, se cruzan, se amalgaman: la lógica de lo ligero no es ya lo otro de la realidad económica, es su corazón.

Vivimos en la época del triunfo de la ligereza tanto en el sentido propio como en el sentido figurado del término. Nos gobierna una cultura cotidiana de ligereza «de los medios», pues el universo del consumo no cesa de exaltar sistemas de referencia hedonistas y lúdicos. A través de los objetos, el ocio, la televisión, la publicidad, se difunde un clima de diversión permanente y de incitación a «aprovechar» los placeres inmediatos y fáciles. Sustituyendo la conminación por la seducción, el deber rigorista por el hedonismo y la solemnidad por el humor, el universo consumista tiende a presentarse como un universo aligerado de todo peso ideológico, de todo espesor de sentido. Lo ligero, ya se entienda en su sentido primario o en su sentido derivado, es hoy uno de los grandes espejos en que se refleja nuestra época.

Hasta hace poco, las clases populares y las clases superiores se diferenciaban por estilos de vida basados en grandes oposiciones: lo pesado y lo «grosero» eran para las clases populares; lo ligero, lo delicado y lo estilizado, para las clases su-

periores.¹ Ya no estamos en ese universo de las apariencias diferenciables: con el hundimiento de las culturas de clase, la pesadez y la gordura se han descalificado en todos los grupos, todos se muestran ahora deseosos de ligereza en materia de alimentación, de aspecto personal, movilidad, comunicación y estilo de vida. Todos los grupos sociales han incorporado el valor de la ligereza a su imaginario y a sus prácticas. Los modos de vida efectivos de los diferentes grupos que forman la sociedad, evidentemente no son iguales, ni mucho menos. Sin embargo, estas diferencias reales se despliegan sobre el telón de fondo de una cultura que celebra en todos los estratos la esbeltez, la moda, el ocio, la movilidad, lo virtual. El mundo social está dividido, pero las normas de lo ligero triunfan en todas las capas.

LA UTOPIA DE LA LIGEREZA

Las transformaciones de la vida colectiva e individual ilustran de otro modo el empuje de lo ligero. Rompiendo con la primera modernidad —rigorista, moralista, convencional—, se afirma otra modernidad de tipo «líquido» (Zygmunt Bauman) y flexible. En la época hipermoderna, la vida de los individuos está caracterizada por la inestabilidad, entregada como está al cambio perpetuo, a lo efímero, al nomadismo. Las pesadas imposiciones colectivas han cedido el paso al «autoservicio» generalizado, a la volatilidad de las relaciones y los compromisos. Así es la dinámica social de la hipermodernidad que instituye el reinado de un individualismo de tipo errante y zapeador. La individuación extrema de la relación con el mundo constituye la dinámica social fundamental que encontramos en el núcleo de

1. Pierre Bourdieu, *La distinción*, Éditions de Minuit, París, 1979, pp. 196-230. [Versión española: *La distinción*, Taurus, Madrid, 1988, trad. de María del Carmen Ruiz de Elvira, pp. 174-205.]

la revolución de lo ligero. La vida sexual es libre, la familia y la religión se han desinstitucionalizado; las costumbres y los individuos se quieren *cool*. Liberados de los lazos religiosos, familiares, ideológicos, los individuos «desatados», desligados, emancipados, funcionan como átomos en estado de flotación social. No sin efectos paradójicos.

En este contexto ya no esperamos un «país abundante en leche y miel», ya no soñamos con revoluciones ni con liberaciones: soñamos con la ligereza. Unos se lanzan por la senda del consumista «cada vez más», con objeto de olvidar o endulzar su presente. Otros oponen la ligereza «verdadera» a una ligereza comercial juzgada «falsa» y alienante. En este caso, «cambiar la vida» significa desembarazarse del exceso de cargas que lastran nuestra existencia, combatir la pesada ligereza del consumismo mediante las tecnologías de la ligereza interior. Ha llegado el momento de la «desintoxicación», pero también el de la meditación, el yoga, las técnicas de relajación, el feng-shui, el «mayor bienestar», en pocas palabras, el de todo aquello que nos permita «sentirnos bien física y espiritualmente».

Son incontables los libros que aspiran a darnos las claves para liberarnos de la cargazón del materialismo que nos rodea.¹ Y son legión los artículos periodísticos que ensalzan la sencillez, la sobriedad, el desbroce de la vida: menos cosas para una vida interior más rica, más equilibrada, más aérea. Después de las utopías del deseo tenemos las expectativas de ligereza, del cuerpo y el espíritu, expectativas de una vida cotidiana menos estresante, de un presente que sea menos pesado de sobrellevar: vivir mejor no se separa ya de ser ligeros. Ha llegado la época de las utopías del menos, las utopías light.

1. Los títulos de los libros de Dominique Loreau son particularmente esclarecedores en este sentido: *El arte de simplificar la vida*, *El arte de lo esencial*, *El arte de la frugalidad y la volutuosidad*, *Lo infinitamente poco*.

LA CIVILIZACIÓN DE LO LIGERO Y SUS LÍMITES

Está en marcha una dinámica dotada de una fuerza poderosísima que construye una civilización de nuevo cuño: la *civilización de lo ligero*. Estamos todavía en los comienzos, pero cada día conquista nuevos territorios, realiza nuevas hazañas, suscita nuevas esperanzas y al mismo tiempo nuevas angustias. De la «informática en la nube» a las biotecnologías, de los nanoobjetos a los artilugios de alta tecnología, del culto a la delgadez a la alimentación light, de los deportes de deslizamiento a las técnicas de relajación, de las tendencias de la moda a las industrias del entretenimiento, la revolución hipermoderna de lo ligero progresa a través de una multitud de dispositivos heteróclitos y multiformes.

La ligereza era un ideal estilístico o un vicio moral. Hoy es una dinámica global, un paradigma transversal, un «hecho social total» cargado de valor tecnológico y económico, funcional y psicológico, estético y existencial. Hoy proliferan los dominios que expresan el combate de lo ligero contra lo pesado. La era hipermoderna es inseparable de una revolución multidimensional de la ligereza, de ritmo vertiginoso.

Materiales, comunicación, medicina, formación, agricultura, empresa, ocio: todas estas esferas conocen una conmoción radical bajo el impacto de la revolución de lo ligero, precipitada por las técnicas informáticas, las nanotecnologías y las biotecnologías. La importancia de esta revolución es considerable, en la medida en que abre horizontes casi ilimitados en los dominios del entorno material y natural, de la salud, de la vida misma. Lo ligero, que era la más insignificante y fútil, es hoy la mayor fuerza de transformación del mundo. En la era de la hipermodernidad no es el poder sobre lo pesado lo que cambia la faz del mundo, sino el poder sobre lo ultraligero. En la época que comienza, es el control técnico de lo infinitamente pequeño el que abre hasta lo infinito el horizonte de las posibilidades, volviendo real lo que hasta hoy se juzgaba imposible. Con los

nanomateriales, los nanomedicamentos o los nanorrobots, está en marcha una mutación sin precedentes, no acarreada ya por las luchas de clases y otros enfrentamientos heroicos, sino por la conquista de lo infraligero. Lo que nos hace cambiar de civilización no es ya el trabajo del «viejo topo», sino la positividad del «nanopoder», el control de las partículas infinitesimales, el dominio de lo inmaterial. Después del tiempo de las grandes revoluciones políticas, se consolida la era de la nanorrevolución, tanto más poderosa por cuanto se ejerce sobre lo imperceptible y lo intangible.

Precisémoslo desde el principio: esta dinámica no se desarrolla por igual en todas las esferas. Las energías fósiles (petróleo, gas, carbón) siguen siendo dominantes en el consumo mundial de energía. La energía nuclear sigue asegurando una parte significativa del abastecimiento eléctrico. Las grandes infraestructuras, el gigantismo y los equipos faraónicos no están en modo alguno en vías de desaparición. Todo lo contrario: incluso los bancos se han vuelto *too big to fail*, demasiado grandes para hundirse. No obstante, el principio «ligereza» también progresa a gran velocidad, empapando un número creciente de sectores: energía, aeronáutica, telecomunicaciones, automóvil, banca, cirugía..., pero también juegos, música, fotografía, cine, arquitectura, diseño...

Por otra parte, civilización de lo ligero significa todo menos vivir ligeramente. Pues si las normas sociales aligeran su peso, la vida en cuanto tal se presenta más pesada. Paro, precariedad, inestabilidad de las parejas, sobrecarga en el empleo del tiempo, riesgos sanitarios..., hasta el extremo de que hay que preguntarse quién en nuestros días no siente la pesadez de la vida. Por doquier se multiplican los síntomas de desamparo, las nuevas expresiones del «malestar en la cultura». La vida se carga con una gravedad nueva por culpa de las amenazas que pesan sobre el empleo y las alarmas sanitarias y médicas. Aunque abunden los dispositivos ligeros, no por ello dejan de producir innumerables

estragos los mecanismos del mercado y la dinámica de individuación.

Ironía hipermoderna: en el presente es la ligereza lo que nutre el espíritu de pesadez. Pues el ideal de ligereza se acompaña de normas exigentes de efecto agotador y a veces deprimente: tener un cuerpo esbelto supone muy a menudo la renuncia a la tranquilidad del *carpe diem*, una existencia en los antípodas de la vida despreocupada. Incluso el consumo se impone, en amplios sectores de la población, como fuente de inquietudes cotidianas y de prácticas que parecen un «trabajo» que se realizara con investigaciones y comparaciones pacientes y concienzudas. Y es más pesado no ser felices en una civilización que celebra el ideal de la ligereza hedonista que en las sociedades que, como las de siglos pasados, enseñaban a resignarse aquí abajo para conseguir la salvación en el más allá. Nuestro mundo ha dado a luz deseos de felicidad imposibles de satisfacer, de aquí la proliferación de las decepciones relativas a una vida que nunca es suficientemente ligera ni divertida ni móvil. El sentimiento aéreo de la existencia retrocede mientras triunfan la cultura de la diversión y los dispositivos materiales de lo ultraligero. Un nuevo «espíritu de pesadez» se ha adueñado de la época.

ARQUETIPOS DE LA LIGEREZA

Este nuevo empuje de lo ligero es un fenómeno único en la historia. Sin embargo, no ha sido desconocido por ninguna civilización. Sea cual sea el nombre que se le haya dado, la búsqueda de ligereza se ha concretado con el paso del tiempo en ciertas formas de vida social y también en el imaginario individual y colectivo. Desde tiempos inmemoriales, la ligereza, bajo formas y según prácticas muy diferentes, no ha dejado nunca de ser deseable, de alimentar mitos, cuentos, leyendas y prácticas artísticas. Bachelard no duda en hablar de un «instinto de

ligereza» en cuanto «uno de los instintos más profundos de la vida». ¹ Hay que pensar la ligereza como una estructura antropológica de lo imaginario, al mismo tiempo que como una aspiración humana que siempre ha encontrado maneras de materializarse en la vida social. Una constante antropológica que ha revestido formas muy diferentes alrededor de algunos arquetipos fundamentales. Aquí me limitaré a bosquejarlos de un modo muy esquemático.

La ligereza aérea. El sueño de elevarse a los cielos es inmemorial. Son muchos los cuentos, los mitos, las creencias religiosas que expresan esta fascinación a través de imágenes ascensionales, de representaciones de elevación, de símbolos dedicados a alcanzar el cielo. El poder de los chamanes es inseparable de la creencia en los viajes extracorpóreos hacia el cielo poblado de espíritus. En algunas pinturas rupestres vemos chamanes transformados en golondrinas, en criaturas aladas. Se dice que Buda levitaba, que Jesús «anduvo sobre las aguas»; se atribuye igualmente la capacidad de levitar a San Francisco de Asís, a San Ignacio de Loyola, a San Juan de la Cruz. Fuerza de atracción de lo imaginario aéreo de la que todavía son testimonio las alas de Mercurio, el vuelo de Ícaro, la ingravidez seráfica.

Con el paso de los siglos, los hombres inventaron dispositivos voladores. En la antigua China aparecen las cometas, utilizadas con fines militares, pero también para ahuyentar la mala suerte y los malos espíritus. Desde el Renacimiento, los ingenieros, entre ellos Leonardo, dibujaron proyectos de máquinas voladoras, inspirándose en formas y sistemas vivos. Hasta que en los siglos XVIII y XIX la técnica estuvo en condiciones de desafiar la pesantez, de liberarnos de la opresión terrestre, realizando los sueños milenarios de despegar del suelo.

1. Gaston Bachelard, *L'air et les songes* (1943), Le Livre de Poche, París, 2010, p. 40. [Versión española: *El aire y los sueños*, FCE, México, 1958, trad. de Ernestina de Champourcin, p. 42.]

La ligereza-movilidad. A lo largo de la vida de las sociedades la ligereza no ha permanecido encerrada en el almacén de las representaciones imaginarias. Desde los tiempos más antiguos está presente en las viviendas tradicionales de los pueblos nómadas: las chozas, las tiendas, las yurtas, los tipis combinan ligereza, elasticidad y movilidad. Ligereza de materiales de construcción que permitió a los pueblos nómadas vivir en los climas más rudos del planeta. Miles de años después y en contextos históricos totalmente distintos, la valoración de lo ligero está más de actualidad que nunca, gracias a la búsqueda de nuevos materiales, pero también a la miniaturización de objetos que, conectados a Internet, permiten vencer las limitaciones temporales y espaciales, inventar una movilidad nueva, hecha de fluidez y de nomadismo informático.

La ligereza-distracción. Los códigos y prácticas sociales dedicados a aligerar el peso de la existencia, a huir de la pesadez del mundo y las reglas son innumerables y de todos los tiempos. Los poetas de la antigua Grecia reconocían sin excepciones que el objeto de la poesía era el placer y, según Hesíodo, Zeus creó la poesía para permitir a los mortales «olvidar sus sufrimientos» y dar «una tregua a sus inquietudes». Las fiestas, las bufonadas, las farsas, las bromas y los disfraces existen desde los orígenes de la humanidad. Divertirse, bromear, jugar, retozar: ligereza es reír, pero también jugar y gozar del tiempo libre. Ninguna sociedad podría existir sin administrar diferentes dispositivos que, aflojando las trabas de la vida colectiva, satisfagan la necesidad de vivir momentos de «respiro», de descanso, de recreo.

La ligereza frívola. Se plasma en el orden de la moda, el gusto por el arreglo, por los artificios y «pequeñeces» que forman el encanto de las apariencias. Tuvo su momento de gloria en la vida mundana de los salones, en los que la gente gustaba de revolotear de una idea a otra, sin profundizar en nada, hablando únicamente de temas sin consecuencias, sin detenerse en ninguno. En el consumismo actual puede verse el último

gran ejemplo de este paradigma cuyos vínculos con la ligereza-distracción son evidentes.

La *ligereza veleidosa*. Es de todas las épocas y se aplica al comercio sexual, a la infidelidad, al amor que no podría durar sin agotarse. Desde el siglo XVIII, la ligereza veleidosa ha podido afirmarse como un sistema de valores, como una norma de vida que exalta el cambio, la renovación en el orden del sentimiento y las conquistas amorosas. Libertinaje, donjuanismo, aventuras, infidelidades, flirteos de vacaciones, *casual sex*: presenta formas diversas que se basan en la inconstancia y la movilidad del deseo. Tiende a dar prestigio al hombre seductor y a devaluar a las mujeres calificadas de «ligeras», desvergonzadas y de escasa moralidad.

La *ligereza-estilo*. El arte es uno de los grandes dominios en que se plasma la necesidad antropológica de la ligereza. De la música a la danza, de las artes decorativas a la pintura, de la poesía a la arquitectura, la historia del arte abunda en ejemplos que ilustran el valor que se reconoce al refinamiento estético. No toda obra de arte presenta una imagen ligera, pero desde hace siglos y milenios la poesía, los ornamentos, la delicadeza, la elegancia de las formas, la gracia del movimiento se expresan en las artes de las civilizaciones más dispares. Es imposible pensar la historia de la belleza sin reconocer el lugar preponderante que ocupa en ella la estética de la ligereza.

La *ligereza sabia*. La vida frívola, y su huida hacia delante con placeres continuamente renovados, no agota por sí sola lo imaginario de la ligereza. Al arquetipo de la frivolidad se opone el de la ligereza serena que remite al antiguo ideal de la felicidad definida por la ataraxia, ese estado pasivo en que el individuo se ha liberado de sus miedos y de sus falsos deseos. ¿Qué es la sabiduría o la vida bienaventurada para los antiguos sino la paz del alma a la que llegamos cuando nos liberamos de las pasiones y de las opiniones vacuas? Es el modelo de vida pasiva, sencilla, interior, que enseñan las filosofías antiguas y en mu-

chos aspectos el budismo. Dietética espiritual, medicina del alma, «purga mental»: la filosofía no tiene más finalidad que curar al individuo, descargar su alma, desvanecer sus temores y pasiones, liberarla del peso del sufrimiento.

Es evidente que el concepto de ligereza figura poco, por no decir que brilla por su ausencia, en la filosofía antigua. Lo cual no quiere decir que este imaginario que se encuentra en el principio del ideal de la alegría de vivir no coincida con la tranquilidad del alma, con una existencia liberada de temores, de lo superfluo, de placeres deleznable. La felicidad es el estado del alma libre del peso de las cosas, de ambiciones, de todos los miedos que inspiran el futuro y el más allá. Este arquetipo no es propio de Occidente. Está presente sobre todo en el budismo, que busca igualmente la paz interior por la vía del desinterés por las realidades pasajeras de este mundo. La doctrina budista se presenta como la vía que, mediante la liberación de todo sufrimiento, conduce a la paz del alma, a la serenidad, al despertar, al nirvana. Al igual que el epicureísmo, el budismo no llama ligereza a este estado bienaventurado. Pero la idea está ahí.

El mundo actual concede claramente la primacía a la ligereza frívola. Pero el modelo de la ligereza sabia no ha dicho su última palabra, como indica el renovado interés que despiertan en el presente las espiritualidades antiguas, el budismo, las críticas a la sociedad de hiperconsumo. Ligereza frívola, ligereza-equilibrio: estos dos polos antinómicos seguirán todavía durante mucho tiempo repartiéndose las fórmulas de la felicidad.

Atractivo de la sabiduría, porque ésta compromete no los placeres puntuales y discontinuos sino la vida entera. Su objetivo es el equilibrio, la paz, la plenitud del ser, la felicidad y su sustancia: la alegría de vivir. Rousseau, en unas páginas célebres, exaltó ese estado de «felicidad suficiente, perfecta y plena» que se sigue del apego a uno mismo, el placer de sentir la existencia pura, liberada de la memoria y de todo pensamiento de futuro: «¿De qué se goza en una situación semejante? De nada

exterior a uno mismo, de nada sino de sí mismo y de su propia existencia; mientras tal estado dura, uno se basta a sí mismo, como Dios.»¹ Voluptuosidad de existir, suave goce del sentimiento total de la existencia: ¿qué es esto sino la suprema ligereza que se vive?

Felicidad de existir que se vive en la experiencia de la alegría de estar en el mundo, en la alegría de existir plenamente. Spinoza definió la alegría como ese sentimiento que probamos cuando nuestra fuerza vital se encuentra en su apogeo. Pero en el plano fenomenológico, la alegría se vive menos como aumento de la capacidad de obrar que como aligeramiento del peso de la vida, como «levitación», experiencia ascensional, embriaguez de la existencia: «saltamos de alegría», tenemos la impresión de planear, de estar «en una pequeña nube». Experiencia aérea, la alegría plasma el sueño universal humano de «echar a volar», de sustraerse al peso de la vida. Es la más bella, la más perfecta de las manifestaciones de la ligereza subjetiva.

REABRIR LA CUESTIÓN DE LA LIGEREZA

En estas páginas no se encontrará ni una apología ni una condena moral o política de la ligereza. No se analiza ésta como un vicio o una virtud, sino como una necesidad antropológica, un principio de organización social, un valor estético y tecnológico que ha adquirido una importancia capital en la era hipermoderna. En este ensayo no se estudia la ligereza en sí, «eterna» o metafísica, sino la que se materializa en observables figuras concretas, en la historia de las sociedades y sobre todo en el

1. Jean-Jacques Rousseau, *Les rêveries du promeneur solitaire*, Flammarion, París, 1978, Cinquième promenade, p. 102. [Versión española: *Las ensañaciones del paseante solitario*, Alianza, Madrid, 1979, trad. de Mauro Armiño, Quinto paseo, pp. 91-92.]

mundo actual. Lo que domina los análisis que siguen es un criterio antropológico-social de la ligereza.

No una ligereza transhistórica escrita con letras mayúsculas, sino los dispositivos técnicos, culturales y sociales que la encarnan y la manera en que transforman los estilos de vida, la relación con los objetos y con uno mismo, con nuestro cuerpo y con los demás. No hay una ligereza, sino ligerezas que obedecen a principios y objetivos que no se parecen entre sí. La emergente civilización de lo ligero no supone el despliegue de un modelo único de ligereza, aunque las mismas grandes fuerzas que estructuran la hipermodernidad —la tecnociencia, el mercado, el individualismo— estén en la base de su reciente preeminencia social. El objeto de este libro es esa pluralidad de lo ligero.

Está claro, pues, que no se trata de proseguir la demonización de la insignificancia del mundo actual ni de entonar un himno que glorifique lo frívolo. Dos actitudes igualmente infundadas, en mi opinión. Pues mal que pese a los turiferarios de lo «profundo», hay una positividad social de la ligereza,¹ incluida la de frivolidad transformada en principio organizador de las economías de consumo. La industrialización masiva de la ligereza ha contribuido enormemente a consolidar el mundo de la libertad democrática, a procurar un universo más pacífico, más abierto, más individualizado. Sean cuales fueren sus «vicios», y no son pequeños, la revolución de lo ligero ha generado un mundo de bienestar material, de alternativas y de autogobierno personal. En este sentido, la civilización de lo ligero re-

1. ¿Podemos imaginar algo más deseable que la alegría, que es lo más ligero de la existencia? ¿Qué vida sería la nuestra sin las alegrías de la despreocupación, el esparcimiento, la risa, la elegancia, la gracia del arte? Introducir ligereza en la existencia, danzar con la vida: ¿quién no lo desea ardientemente? Sueño esplendoroso, pero ¿acaso hay algo más difícil de conseguir que la ligereza de ser?

presenta una nueva etapa en la aventura de la modernidad democrática y humanista.

Sin embargo, las defensas de la ligereza tienen algo insuperable: respiran demasiado dandismo intelectual. Bajo la superficie de la audacia, la facilidad de la provocación y las acrobacias del ejercicio disertante. Erigida en principio o en ideal de vida, la ligereza es inaceptable e irresponsable. ¿Cómo glorificar la ligereza consumista cuando ha hecho mermar el valor y la deseabilidad de la alta cultura, cuando genera la obsesión por el consumo y contribuye a degradar la ecosfera? ¿Cómo perfeccionar la libertad y el bienestar sin la seriedad del trabajo, la razón y la educación? ¿Cómo concebir un mundo material más ligero sin el esfuerzo común, sin las conquistas de la razón y la técnica? Toda educación basada en el principio de ligereza conduce al fracaso. Rebasado cierto límite, la ligereza frívola se vuelve fastidiosa y repetitiva: demasiada ligereza mata la ligereza. ¿Y cómo no hacer hincapié en los fracasos de la civilización de lo ligero en materia de felicidad? La ligereza es bella y deseable, pero no podría ser el principio supremo que rigiese la conducta del género humano.

No hay por qué demonizar la ligereza inherente al cosmos consumista, pero es insuficiente para dar la dirección de una vida buena y sensata. La conquista del mundo infinitesimal abunda en potencialidades excepcionales: quizá llegue a transformar radicalmente incluso las condiciones de nuestra andadura terrenal. Pero ¿de qué modo? Por ahora no sabemos adónde nos conducirá esta inmensa revolución que contiene tanto lo mejor como lo peor. Sea como fuere, es una cuestión que, hasta hace poco secundaria y subalterna, se ha vuelto central para nuestro destino. El presente libro quiere arrojar algo de luz sobre esta civilización de lo ligero que está dando sus primeros pasos.

Una última observación. Que yo sepa, los libros dedicados a la ligereza como tal pueden contarse con los dedos de una

mano. La ligereza figura entre esos problemas que una larguísima tradición ha estimado indignos de interés por su inutilidad. Sólo la gracia de las creaciones artísticas merecía la atención y la admiración de las gentes de letras. Pero he aquí ahora, imponiéndose en nuestras sociedades y en nuestra vida como un asunto eminentemente serio. Es esta constatación lo que me ha movido a abordar el tema de nuevo. Si tenemos en cuenta el peso totalmente inesperado que ha adquirido la ligereza en nuestro mundo, no extrañará a nadie que este ensayo no se presente bajo la forma... ligera que sería de esperar al tocar semejante asunto.